

CURIOSO país Chile: durante el pasado siglo fuimos Esparta; nos llamaron Beocia: ahora, a través de Atenas, vamos camino de Bizancio.

¿Qué nos pasa?

He aquí que, frente a la crisis, flotando sobre la inflación, en lucha contra el frío, el hambre y Guatemala, nos ha desvelado un asunto intelectual, una cuestión de pura técnica.

Dicen que a la Universidad de Chile le faltan cuatrocientos millones y sus proyectos de economía hacen temblar a los pobres estudiantes. Pues, en vista de muchas discusiones, llama a cinco doctores de la ley, cuatro de ellos prestigiosísimos, los hace subir a una tribuna muy alta y dilucidar ahí este grave problema: por qué yo me aburro leyendo "Zurzulita" y no me entretengo nada en compañía de "On Panta".

Este fenómeno subjetivo, de orden privado, se convirtió en una especie de perversidad sospechosa cuyo origen convenía esclarecer.

Personas que escucharon esas conferencias, llamadas no sin pompa "La Querella del Criollismo", nos han hecho grandes elogios de Ricardo Latcham: amplió el asunto, le dió horizontes y una serie de perspectivas nuevas; por otra parte, fragmentos publicados de lo que dijo Ernesto Montenegro, maduros, exactos, hermosos, nos inspiran vivo deseo de conocer íntegra su disertación. Suponemos que aparecerá, junto con la primera. Y como para estas cosas el dinero siempre abunda, acaso se publiquen generosamente todas.

"La Unión" de Valparaíso dió un juicio de Fernando Durán, que nos parece fino y penetrante: la simple definición resuelve allí el problema.

Pero no es todo.

Como sí, a través de la cordillera, Guillermo de Torre hubiera oído, con un año de anticipación, la disputa que iba a producirse, en su prólogo a "Montaña Adentro", la pequeña obra maestra de Marta Brunet, próxima a ser reeditada, aborda la dificultad medio a medio, y en unas cuantas palabras la deja, se podría decir, resuelta, o, al menos, definida.

Elogia, primero, la perfección que Marta Brunet ha alcanzado durante su segunda etapa y la extraordinaria creación de personajes que contienen "Raíz del Sueño", "Soleadad de la Sangre", "La Casa Iluminada", "La Mampara". Añade: "Ahora bien, como toda maestría, ésta que aparece en la última fase de Marta Brunet no es improvisada. Supone una experiencia, impli- haber dejado atrás un aprendizaje, superando iniciales etapas. En su caso, estos jalones no dejan a su vez de ser hitos considerables, que otro escritor menos exigente hubiera tenido por terminales o definitivos: "Montaña Adentro" (1923), "Bestia Dañina" (1926), "María Rosa, Flor del Quillén" (1929). Son precisamente las que reaparecen en

este volumen con una clara intención de homenaje conmemorativo, ya que acaban de cumplirse tres décadas desde la fecha de la publicación de la primera. Tenemos situada la cuestión. Marta Brunet se ensaya en el criollismo, gira en su círculo, ahí aprende a observar, a escribir y describir. "No sólo por la temática —continúa De Torre—,

los valores, se sabio anacrónico de una superstición muy siglo XIX, extendida cuando se sufría la imantación del *Volkgeist*".

En otras palabras, con diversa terminología, la misma posición de Eliodoro Astorquiza, de Fernando Durán: los accesorios locales, el paisaje chileno, las costumbres de los "huasos", su manera de hablar,

de vestir, de caminar, esa decoración que enciende el amor propio y hace hablar de patriotismo, sólo merecen subir a la primera categoría si acaso toman elementos universales, permanentes, si ahondan en el espíritu. Esto es lo importante: el alma, lo que está dentro. ¿Por qué, entonces, maldecir o posponer a quienes buscan esa alma y van

adentro sin tanto afanarse con los accesorios ni poner el acento sobre las apariencias? ¿No resulta humillante para las letras tal imposición, dictada todavía en nombre del pueblo?

Pero dejemos el terreno movedido de las teorías literarias. Siempre hay algo ahí que puede contestarse. Nunca, contra un ejemplo, falta otro.

He aquí alguien que se aburre con una novela muy criollista; pero sucede que ese mismo alguien se entretiene y vuelve a entretenerse, treinta años después, con otra novela más criollista aún.

Conviene releer "Montaña Adentro".

Así se escribe. Con ese nervio, esa fuerza, sin perder tiempo en preparar la tierra, ararla, cruzarla, regarla y sembrarla. Ni siquiera contemplándola demasiado tiempo. La lenta contemplación no es novelesca. Podrá ser romántica o poética: en la novela, aburre.

Ahora bien, el "grito sagrado" de la literatura, su voz de batalla debe ser: muerte al aburrimiento. Espanta a la gente, hace huir al lector, produce la muerte por asfixia pausada. No nos creamos obligados a soportarla, aunque nos lo digan los profesores de la Facultad. Que se aburran ellos. Y, por lo demás, contra eso no se argumenta, no se discute. ¿Cómo podrían todas las conferencias de todos los doctores de la ley prevalecer contra el menor bostezo?

Pero eso nada quiere decir contra el criollismo. Aquí está, de nuevo, entre nosotros, "Montaña Adentro", o sea, el criollismo personificado. Y aunque hace treinta años que los originales de esta obra nos llegaron milagrosamente desde Chillán, y treinta, menos un día, que subimos con Pedro Prado a leerlos en la torre de Los Diez, desde la primera página hasta la última, hoy, como entonces, su relato tenso, vibrante, impetuoso, nos ha retenido irresistiblemente.

LA QUERELLA DEL CRIOLLISMO

MONTAÑA ADENTRO

POR ALONE



sino por la veracidad y exactitud de rasgos, por la fidelidad fonográfica del lenguaje campesino regional, constituyen estas novelas ejemplos acabados de una literatura que es usual calificar de "nacional", "propia", autóctona", en suma, rigurosamente genuina". Comentando, hace años, esta primera etapa de Marta Brunet, Gabriela Mistral alabó en ella la "chilenidad" como su principal virtud. Sin embargo, muy agudamente, la gran poetisa no dejaba de reprochar a la joven novelista su debilidad por los localismos, escribiendo: "Yo los detesto en el lenguaje" y oponiéndose a "este dialectismo desenfundado". O sea, que, en la escuela criollista, la obra de Marta Brunet, que, dicho sea de paso, no produce aburrimiento, marcaba un extremo excesivo, era una especie de punta de lanza.

Especialista en el estudio de las literaturas comparadas, Guillermo de Torre no sufre la ilusión local del exclusivismo, ni cree que cada manera de hablar regional sea única de cada región; por el contrario —dice— "nada hay tan equivalente y común como los tipismos, puesto que en todos los climas tienen equivalencias, y que, por consiguiente, "la ambicionada y única singularidad de una literatura terrigena no existe".

Como ejemplo, ofrece el de Marta Brunet.

Aunque, sin duda, chilena y chilénísima, variando un poco la toponimia geográfica, alterando levemente la entonación de los diálogos rústicos, también podría parecer argentina, colombiana, extremeña o levantina. Porque lo permanente y profundo, el carácter, la psicología, el modo de vivir y reaccionar de los personajes, siempre seguirá siendo el mismo en cualquier medio, en las mismas condiciones de atraso y aislamiento, en análoga lucha contra fuerzas elementales.

Concluye:

"Sin el menor asomo de paradoja, podríamos, pues, concluir que la unicidad y tipicidad de la literatura vernacular —de cualquier literatura vernacular— es un mito, y ponderar actualmente sus presun-